

LA FALTA DE FORTALEZA Y LOS SÍNTOMAS NEURÓTICOS

Dice Santo Tomás que “la fortaleza se ocupa principalmente de ese temor de las cosas difíciles, que pueden impedir que la voluntad obedezca a la razón. Por otra parte, conviene no sólo soportar con firmeza el golpe de las cosas difíciles conteniendo el temor, sino atacando con moderación, cuando es conveniente destruir estos peligros para quedar seguros”¹. El Aquinate cita a Cicerón, quien afirma: “la fortaleza es la que afronta los peligros y soporta los trabajos”².

Si tenemos en cuenta que es propio del fuerte vencer los obstáculos y las dificultades de la vida manteniendo la voluntad en el bien racional, veremos cómo en la neurosis la persona huye de la realidad sistemáticamente, de manera que estructura la personalidad con hábitos viciosos, no sólo en el aspecto del resistir a los problemas vitales (aún lo tímidos y por lo tanto también los más difíciles), sino asimismo en el acometer obras proporcionadas a su capacidad que podrían desplegar todos sus talentos.

Los síntomas neuróticos pueden reconocerse en lo tratado por Santo Tomás al hablar de los vicios contrarios a la fortaleza, sus partes y virtudes anejas. Cuando hagamos el análisis y nos refiramos a la neurosis, no queremos decir con esto que cada persona neurótica presente todos los síntomas que describiremos. Las problemáticas de cada uno son distintas y la estructuración de la patología difiere en cada personalidad según los fines ficticios (concientes o inconcientes) que tenga como referencia en la construcción de su estilo de vida. Vemos asimismo y con claridad, que la personalidad mentalmente sana se organiza en torno a una vida virtuosa.

Ya Sigmund Freud (si bien desde una visión muy distinta, con una concepción pesimista y materialista), considerando fundamental la experiencia desgraciada de la vida y de la realidad que para él es siempre amenazante, veía en la neurosis y hasta en la psicosis una evasión que compensa la debilidad para enfrentarse al mundo, sus dificultades y sufrimientos. Dice Freud que el individuo utiliza diversos mecanismos para escapar a “la miseria real”³ pero: “La última técnica de vida que le queda y que le ofrece por lo menos satisfacciones sustitutivas es la fuga a la neurosis, recurso al cual generalmente apela ya en años juveniles. Quien vea fracasar en edad madura sus esfuerzos por alcanzar la felicidad, aún hallará

¹ S. Th. II-II q. 123 a 3 corpus.

² S. Th. II-II q. 123 a 2 corpus.

³ S. FREUD, *El malestar en la cultura*, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, Madrid 1981, 3028.

consuelo en el placer de la intoxicación crónica, o bien emprenderá esa desesperada tentativa de rebelión que es la psicosis”⁴.

El mecanismo de evasión químico no sólo puede dar “el placer inmediato, sino también una muy anhelada medida de independencia frente al mundo exterior. Los hombres saben que con ese «quitapenas» siempre podrán escapar al peso de la realidad”⁵ dice Freud. Es interesante ver la importancia que le da en este temor y huída de la realidad, a las drogas con efectos psíquicos, que hoy en día son tan usadas, aún bajo la forma de psicofármacos.

Respecto de este temor –desproporcionado en muchos casos– frente a la realidad que a cada uno le toca vivir, dice Santo Tomás: “Los peligros y las penas no apartan a la voluntad del recto camino de la razón, sino en cuanto son temidos.”⁶ La virtud de la fortaleza es necesaria en toda adversidad y en situaciones difíciles de la vida, de manera absoluta en los mayores males y en otros casos en forma relativa⁷.

La problemática del neurótico radica en una actitud temerosa frente a la realidad por lo cual se propone fines ficticios y lineamientos de la propia vida que no siguen el bien racional y el bien común, sino el afán de poder y el egocentrismo.

El neurótico sufre por su debilidad frente a la realidad que no puede manejar, porque no soporta que no sea como él la quiere. El psiquiatra Alfred Adler lo explica de la siguiente manera: “las limitaciones que la realidad le impone, las incompatibilidades con las que forzosamente ha de chocar en la vida real, lejos de obligarlos a liberarse de su ficción preconcebida, lo llevan a hundirse en un creciente pesimismo. (...) quiere satisfacer, simultáneamente, las exigencias del mundo real y las de su propio mundo imaginario, para finalmente quedar cautivo en esa ambivalencia, en una encrucijada que paraliza todos sus movimientos, que lo inmoviliza”⁸.

También a veces con estos fines egocéntricos –según los cuales organiza su vida– el neurótico realiza actos externos de la virtud de la fortaleza pero por un motivo distinto del virtuoso. Esto ya lo explica Santo Tomás citando a Aristóteles quien enumera varios casos en los cuales hay cierta semejanza con los llamados fuertes cuando en realidad no lo son, porque obran movidos por diferentes fines. Esto puede pasar de tres modos: 1) algunos que se enfrentan a lo difícil como si no lo fuera, 2) puede realizarse un acto de fortaleza sin tenerla a impulsos de una pasión, ya sea la tristeza que pretende alejar o la ira, y 3) por elección

⁴ Ibid, 3030.

⁵ Ibid 3026.

⁶ S. Th. II-II q. 123 a 3 ad 2.

⁷ Cfr. S. Th. II-II q. 123 a 4 ad 1.

⁸ A. ADLER, *El carácter neurótico*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1994, 34.

conciente de un fin no legítimo pero que reporta un beneficio temporal como el honor, el placer, la riqueza, o evitar un mal como las ofensas, las humillaciones, la aflicción u otro daño⁹. El último caso es el que vemos más a menudo en los neuróticos que subordinan sus actos a los fines artificiosos que se crearon, y entorno a los cuales gira toda su vida.

Por otra parte, el desorden psíquico del neurótico implica apego a los deleites sensibles que impiden aprehender el bien de la razón, propio de las obras virtuosas. La fortaleza lleva a soportar los padecimientos en el plano sensible porque, a la vez, tiene motivos para que su alma goce del acto virtuoso: “La tristeza del alma es superada por el placer de la virtud, en cuanto el hombre antepone el bien propio de la virtud a la vida corporal y todo lo que con ella se relaciona”¹⁰. Aquí el Aquinate pone de relieve la necesidad de la gracia afirmando: “El dolor sensible del cuerpo impide al alma el placer de la virtud, a no ser por la sobreabundancia de la gracia divina, que eleva con vehemencia al alma a las cosas divinas, con más fuerza de lo que se ve afectada por el sufrimiento corporal.”¹¹ Pero aclara Santo Tomás que las obras virtuosas son deleitables por el fin, ya que pueden implicar tristeza en sí mismas. Por eso en la neurosis, al existir un fin ficticio, pesa más la tristeza que lo aleja de la virtud. “Por lo cual dice el Filósofo que “no en todas las virtudes produce placer la operación, a no ser que por ello entendamos el alcanzar el fin”¹².

El neurótico percibe la realidad desde la óptica de su voluntad de dominio y de poder; y –para no ver la realidad y sus limitaciones en este sentido– se crea un mundo propio, y se hace un estilo de vida siguiendo su ficción directriz, ajena a toda la realidad. Afirma A. Adler: “Ya se ubique en la posición del agresor, ya en la de agredido, el neurótico siempre se hace la impresión de que la vida le es hostil. Su adaptación a la comunidad queda entorpecida: la profesión, el amor, la sociedad, se concilian mal con su actitud combativa y, por consiguiente, termina por evitarlos tímidamente o, en el mejor de los casos, por convertirlos en campo de batalla de sus desorbitadas ambiciones de dominio”¹³.

En el texto arriba citado vemos también un aspecto importante de la neurosis que es la agresión y el uso de la ira. Santo Tomás habla de las pasiones que deben ser moderadas por la razón, en el virtuoso. El fuerte utiliza la ira moderada en su accionar. Esto no sucede así en el neurótico quien –según los psicólogos– llega a desadaptarse en todos los ámbitos vitales en que se tiene que relacionar con los demás (familia, trabajo, sociedad), por su ira y agresión

⁹ Cfr. S. Th. II-II q. 123 a 1 ad 2.

¹⁰ S. Th. II-II q. 123 a 8 corpus.

¹¹ S. Th. II-II q. 123 a 8 corpus.

¹² S. Th. II-II q. 123 a 8 ad 2.

¹³ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 45.

desordenada y desmedida que no sigue el bien común sino sus propios intereses. Afirma Alfred Adler: “si se quiere comprender el significado de la lucha en que el neurótico se ve envuelto, lucha por la realización de su objetivo con todas sus desorbitadas tendencias agresivas”¹⁴. Contrariamente a esto “dice Aristóteles que, entre las distintas clases de fortaleza que nacen de la pasión, “parece ser la más natural la que procede de la ira; la cual, si es deliberada y se ordena a un fin bueno, llega a ser verdadera la fortaleza”¹⁵.

Santo Tomás cita a San Ambrosio quien valora en la fortaleza su utilidad general ya que es útil para la guerra, pero también para el gobierno de una comunidad, como para el de la familia. O sea, no sólo en los asuntos bélicos sino también para los domésticos. Pero, en todos estos ámbitos de la vida, su utilidad está relacionada con la justicia porque “la fortaleza sin la justicia es materia de iniquidad, ya que cuanto más poderosa, más pronta está a oprimir al inferior”¹⁶. El neurótico quiere siempre asegurarse “una posición de preeminencia en todas las situaciones de la vida, pero que exacerban su agresividad y su afectividad. (...) en todo momento pretende deslumbrar, ser él el primero, y que, no obstante, tiembla ante la posibilidad de un fracaso y retrocede atemorizado ante la necesidad de tomar una decisión”¹⁷.

Y así vemos que el temor desordenado es el vicio principal en el neurótico ya que huye de aquello que la razón manda enfrentar y soportar, como son las dificultades de la vida. Nos dice Santo Tomás que “todo temor se basa en el amor, puesto que sólo se teme lo contrario de lo que se ama”¹⁸. Y justamente la problemática de esta patología psíquica implica un amor a bienes de este mundo (los cuales se los valoriza desproporcionadamente) y el temor desordenado a perderlos; como la superioridad y el poder, los afectos de los demás, los honores, las riquezas, etc.”. Por lo cual dice el Filósofo que “el morir por miedo a la pobreza, a la necesidad o la tristeza, no es propio del fuerte, sino del tímido, ya que huir de lo dificultoso es debilidad”¹⁹.

Analizaremos ahora la magnanimidad, una virtud que es parte de la fortaleza y tiene mucha importancia en el análisis de los síntomas neuróticos. Esta virtud afirma el ánimo respecto del bien arduo, pero en cosas que son más fáciles, que enfrentar los peligros de muerte. Significa obrar con grandeza, lo que es digno de honor: como es la virtud y el dar testimonio de ella, pero sin estimar el honor mismo²⁰. Pertenece a la magnanimidad la

¹⁴ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 20.

¹⁵ Citado en S. Th. II-II q. 123 a 10 ad 3.

¹⁶ S. Th. II-II q. 123 a 12 ad 3.

¹⁷ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 48.

¹⁸ S. Th. II-II q. 125 a 2 corpus.

¹⁹ S. Th. II-II q. 125 a 2 ad 2.

²⁰ Cfr. S. Th. II-II q. 129.

confianza en sí mismo (en obras proporcionadas) y la seguridad, que se oponen al temor y la inquietud²¹. R. Allers señala que es propio del neurótico la “actitud vacilante” que se manifiesta con muchas variantes, una de ellas es la incapacidad para decidirse, la inseguridad²².

Se opone a la magnanimidad el estimar como grandes muchas cosas, las que en realidad son pequeñas²³. Y esto sucede muy a menudo en la neurosis, ya que la persona con esta patología pone todas sus energías en las pequeñas como en las grandes cosas, ubicando todo en el mismo nivel de exigencia, sin distinguir prioridades. Esto desgasta y debilita para las cosas arduas que requieren un esfuerzo proporcionado.

Contrario a la magnanimidad es también la presunción, que es pretender lo que trasciende la propia capacidad de poder, o creerse digno de estima por lo que realmente no se es o no se posee, y así no se puede madurar psíquicamente, porque se debilita en el crecimiento de la virtud que realmente podría poseerse.²⁴ Sin embargo aquí nuevamente el Aquinate nos advierte de la necesidad de la gracia para el desarrollo sano de la personalidad: “no es presuntuoso el que uno tienda a realizar obras de virtud, aunque sí lo sería el pretender hacerlo sin confiar en el auxilio divino”²⁵.

Entre los vicios opuestos a la magnanimidad, el más característico como síntoma neurótico es la ambición. Éste es el apetito desordenado y exagerado de los honores. Afirma A. Adler respecto de la neurosis: “La ambición es el rasgo principal”²⁶. Y más adelante: “Todos estos dispositivos –a los que se agregan defectos infantiles conservados o amplificados, así como síntomas psicológicos, imitados o inventados– están íntima e indisolublemente ligados entre sí y en dependencia de un factor que les es exterior: de la ficción directriz de la ambición y del afán de elevar el sentimiento de personalidad”²⁷. En la misma línea R. Allers afirma lo siguiente: “Decimos de los neuróticos que son ambiciosos, que tienden a imponerse, que pretenden llegar muy arriba, que ambicionan el poder, el dominio, que son orgullosos, todo ello de un modo desusado”²⁸.

Es necesario considerar con Santo Tomás que en la excelencia, las cosas en que se sobresale, las cosas dignas de honor, generalmente no se las posee por sí mismo sino que son

²¹ Cfr. S. Th. II-II q. 129 a 6 y 7.

²² Cfr. R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, Labor, Madrid 1950, 317.

²³ Cfr. S. Th. II-II q. 129 a 5 ad 2.

²⁴ Cfr. S. Th. II-II q. 130.

²⁵ S. Th. II-II q. 130 a 1 ad 3.

²⁶ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 48.

²⁷ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 62.

²⁸ R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 315.

dones de Dios para ser útil a los demás²⁹. Por eso el apetito desordenado del honor puede darse en tres casos: 1) cuando se apetece un honor desproporcionado, por una excelencia que realmente no se posee, 2) cuando se desea el honor para sí sin ordenarlo a Dios, y 3) cuando el apetito descansa en el honor sin que sirva de utilidad a los demás³⁰.

El neurótico es egocéntrico y soberbio. Afirma A. Adler: “A causa de su hostil actitud frente a la vida, el neurótico por lo general vive a la expectativa, estado que ha sido bien captado por Kraepelin. Su mirada está dirigida casi exclusivamente hacia su propia persona, con completo olvido de todo lo demás. Exige harto trabajo hacerle comprender el mayor goce del dar sobre el tomar”³¹.

Aclara Santo Tomás: “el bueno y el perverso desean igualmente la gloria, el honor y el poder; pero el primero va por el camino verdadero, mientras que el segundo, al faltarle los modos lícitos, pretende conseguirlo con engaños y mentiras”³². En el neurótico el fin ficticio estructura todo un estilo de vida artificioso que debe sostenerse con artimañas y astucias.

R. Allers resume la problemática esencial del neurótico de la siguiente manera: “En la lucha angustiada, y desesperada, contra el no-yo, en la actitud inauténtica, que no consiente aceptar el puesto que le es dado al hombre según su esencia, se encuentra constantemente el neurótico en una posición perdida. Su inseguridad, nacida de la imposibilidad de sus últimas actitudes, le obliga en parte, a escapar de las consecuencias de su postura, a huir de la realidad y asegurarse frente a ella, y en parte a perseguir éxitos ficticios que le hagan olvidar lo falso y desesperado de su posición; mas sobre todo le obliga a una constante atención sobre el yo propio, siempre en peligro. De este modo hay un manifiesto egocentrismo, enmascarado con más o menos habilidad, que viene a ser otro rasgo esencial de los caracteres neuróticos”³³.

Pero también es importante en la neurosis la vanagloria, esa manifestación de la superioridad que A. Adler llama “afán de sentimiento de personalidad” indicando así la compensación que se hace con el “sentimiento de inferioridad”.

La gloria significa cierto esplendor, pero tomada en sentido más amplio “no sólo consiste en el conocimiento de la multitud, sino de parte de pocos, de uno sólo o de sí mismo únicamente, al considerar uno su propio bien como digno de alabanza”³⁴. La gloria es vana de tres maneras: 1) por parte del objeto, cuando se pone la gloria en cosas que no lo merecen, que son frágiles y caducas; 2) por parte del aquel de quien se pretende conseguir, por el

²⁹ Cfr. S. Th. II-II q. 131 a 1.

³⁰ Cfr. S. Th. II-II q. 131 a 1 corpus.

³¹ A. ADLER, *El carácter neurótico*, 64.

³² S. Th. II-II q. 131 a 1 ad 3.

³³ R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 312.

³⁴ S. Th. II-II q. 132 a 1 corpus.

hombre que es falible y 3) por el sujeto que la apetece, porque no desea el fin debido que es el honor de Dios y la salvación de las almas³⁵.

El deseo inmoderado de la gloria, del conocimiento y la aprobación de los demás, se opone directamente a la magnanimidad³⁶. También es digno de comentar que –sin tratarse de neurosis ya estructuradas, pero en vías de formación– en nuestra cultura aparece este vicio de gloriarse de cosas pequeñas, vanas, como son las riquezas, el status, la belleza física, la posición social, etc. Desgraciadamente hay gente que siente que vale sólo por lo que tiene. Dice Santo Tomás que “es incompatible con la grandeza del alma el apreciar las cosas pequeñas sólo por la gloria que de ellas se recibe”³⁷.

La magnificencia se opone también a la tendencia a las peleas y agresiones propias de la neurosis, porque “nadie riñe a no ser por una cosa que cree grande. Por eso dice Aristóteles que “el magnánimo no es contencioso, porque nada estima como grande”³⁸.

¿Cómo se manifiesta esta vanagloria? ¿cómo da a entender una persona con el vicio de la vanagloria, que en nada es inferior a los demás? Dice el Aquinate que de dos modos: 1) de modo indirecto por las palabras, en la jactancia, por los hechos, especialmente por el fingimiento y la hipocresía³⁹. Y 2) de modo indirecto, en el entendimiento con la obstinación y pertinacia, que significa que la persona se apoya sólo en su opinión sin tener en cuenta a los demás y sin considerar a otras opiniones como mejores; y en la voluntad, con la discordia, ya que no quiere abandonar su propia voluntad para conformarse a la de los demás. Ya sea con palabras, a gritos e incluso insultos o con hechos, en la desobediencia⁴⁰. La vanagloria es muy fundamental como síntoma neurótico según refieren los psiquiatras. Vemos en ella la fuente de las relaciones humanas conflictivas, agresivas, y deterioradas, que generalmente se encuentran en las personas con estas patologías.

También podemos ver rasgos de pusilanimidad⁴¹, porque al vivir sólo para fines ficticios no usan debidamente todas sus capacidades, y esto produce una profunda frustración e inmadurez. La pusilanimidad se opone a la ley natural –como hace notar el Aquinate– porque es natural tender a realizar acciones proporcionadas a la propia capacidad. El pusilánime es capaz de grandes cosas por sus capacidades naturales, su ciencia o hasta por su fortuna, pero no las despliega, ni usa esos talentos para el bien de los demás. Al respecto dice

³⁵ S. Th. II-II q. 132 a 1 corpus.

³⁶ Cfr. S. Th. II-II q. 132 a 1 ad 2.

³⁷ S. Th. II-II q. 132 a 2 ad 1.

³⁸ S. Th. II-II q. 132 a 2 ad 3.

³⁹ R. ALLERS, *Naturaleza y educación del carácter*, 308: “estoy convencido que la inautenticidad (...) constituye el rasgo fundamental y más propio de la neurosis”.

⁴⁰ Cfr. S. Th. II-II q. 132 a 5.

⁴¹ Cfr. S. Th. II-II q. 133.

Santo Tomás citando a San Gregorio: “los que rehuyen el ser útiles al prójimo por medio de la predicación, juzgados con todo rigor, son reos de tantas cosas cuantos son los actos por las que podrían haber sido útiles a los demás”⁴².

Muchas veces la pusilanimidad puede darse por cierta ignorancia de sus verdaderos talentos o por temor de fallar en lo que erróneamente considera superior a sus fuerzas. Pero aclara Santo Tomás que la ignorancia no procede de la falta de conocimiento sino más bien de la pereza en realizar aquello de lo que se es capaz⁴³.

Por último podríamos considerar también las virtudes de la paciencia y la perseverancia. La paciencia impulsa a seguir el bien de la razón cuando la tristeza impele a abandonarlo⁴⁴. La tristeza y pesadumbre es especialmente poderosa para impedir el bien de la razón. Y con la perseverancia se soportan todas las dificultades que implica la vida virtuosa⁴⁵. Se le oponen por defecto la molicie y flojedad, y por exceso la terquedad. En la neurosis muchas veces aparece la tristeza que le impide luchar por la vida virtuosa. Pero también se ve generalmente que se usa la enfermedad psíquica y sus sufrimientos como excusa para no salir de la molicie y flojedad que lo invaden.

La persona psíquicamente sana y feliz es la persona virtuosa. Aquel que ha llevado a su plenitud la virtud de la fortaleza que es el mártir, es un modelo de salud mental.

Zelmira Seligmann

⁴² S. Th. II-II q. 133 a 1 ad 1.

⁴³ Cfr. S. Th. II-II q. 133 a 1 ad 1.

⁴⁴ Cfr. S. Th. II-II q. 136.

⁴⁵ Cfr. S. Th. II-II q. 137.